FRANCISCO GALLARDO
Y AURELIO GONZALEZ

ROSA DE PASIÓN

Paso de zarzuela dramática, en tres cuadros, en prosa y verso, estrenado con gran éxito en el teatro Principal de Palencia el día 3 de marzo de 1923



VALLADOLID
Imprenta de la Casa Social Católica
a cargo de D. G. Andueza
1923

FRANCISCO GALLARDO
Y AURELIO GONZALEZ

ROSA DE PASION

Paso de zarzuela dramática, en tres cuadros, en prosa y verso, estrenado con gran éxito en el teatro Principal de Palencia el día 3 de marzo de 1923



VALLADOLID
Imprenta de la Casa Social Católica
a cargo de D. G. Andueza
1923

A su distinguido y querido jefe, el excelentísimo Sr. D. Santiago Alba, le dedica esta modestísima producción escénica, cuya prosa y fondo espiritual fueron recogidos en el ambiente de uno de estos pueblos de Castilla, que visitó con motivo de una información periodística.

Para ella obtuve la colaboración musical de un hombre de trabajo que, como yo, labora en pro de la cultura y del arte.

F. GALLARDO

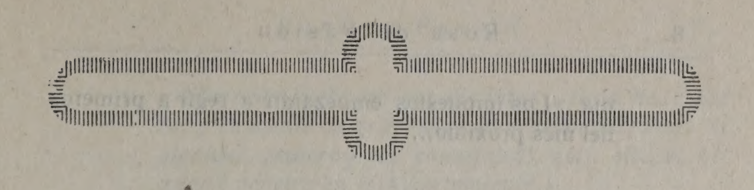
Valladolid y marzo de 1923.

PERSONAJES:

ROSA (moza arrogante y bonita, de veinticinco años).—DOMINICA (de sesenta años).—SEÑORA JENARA.—FILOMENA.—FLORITA.—ANGELITA.—ANTONIO.—TIO CALANDRIA.—DON JACOMÉ (alcalde).—DON ROSENDO (farmacéutico).—SEÑOR NICASIO (barbero).—RUFO.—CASIANO (guarda de Consumos).—PEDRO (alguacil).—FLORITO.—RONDALLISTA 1.º—RONDALLISTA 2.º—UN MOZO.—MOZOS y MOZAS del pueblo, RONDALLISTAS, tres CONCEJALES, mudos (como la mayoría de los concejales), y PUEBLO

(La acción en un pueblo de Castilla)

El autor del libro ha adaptado la letra para que pueda representarse también sin música, como **comedia dramática** de costumbres rurales, en tres actos



ROSA DE PASIÓN

Paso de zarzuela dramática en tres cuadros, original de Francisco Gallardo, música del maestro Aurelio González

CUADRO PRIMERO

La escena representa la plaza de un pueblo castellano. A la derecha, en primer término, se encontrará el edificio destinado a Ayuntamiento. Frente a él (izquierda), y en primer término, la barbería del pueblo: en segundo término, la botica. En ambas puertas se leerán dos letreros que digan: Barbería y Botica. En el ángulo izquierdo, al fondo, un arco, que dará entrada a la plaza, e inmediato a él, una caseta, que representará ser la Administración de Consumos. Sobre el arco, una inscripción hecha en la piedra, que diga: Plaza Constitucional, y sobre la caseta un rótulo que diga: Fielato. El telón de fondo representará ser el resto de la plaza. Al levantarse el telón, aparecerán en el centro de la escena varios mozos y mozas del pueblo.

Antes de levantarse el telón Pedro el alguacil leerá el siguiente bando:

PEDRO.—De orden del señor alcalde, se hace saber: Que siendo grande el *deficit* municipal por los gastos habidos en la urbanización, reparación y arreglo de las calles del pueblo, el Ayuntamiento, en sesión extraordinaria, ha acordado imponer al vecindario, para cubrir dicho *deficit*, nuevos impuestos sobre la paja, la leña y el vino... Todo el vecino que quiera hacer alguna reclamación justa se pasará por la Alcal-

día... Los impuestos empezarán a regir a primeros del mes próximo...

(Descórrese el telón)

Música

CORO. ¡Señor alcalde, señor alcalde!
¡Señor alcalde, baje usté acá!
Señor alcalde, esos impuestos
el vecindario no pagará.
Si es que nos quieren sacar los cuartos,
si es que nos quieren sacrificar,
señor alcalde, que ya estamos hartos
de aguantar tanta barbaridad.
¡Señor alcalde! ¡Señor alcalde!
¡Señor alcalde, baje usted acá!
¡Señor alcalde, esos impuestos
el vecindario no ha de pagar!

PEDRO.—Del vecindario nadie se ríe,
todo, vecinos, se arreglará,
que, al fin y al cabo, somos amigos
y nadie os quiere perjudicar.

ELLOS.—¿Pues por qué quieren gravar el vino?

ELLAS.—¿Por qué la leña quieren gravar?

ELLOS.—¿Por qué la paja, que es necesaria
pa casi toda la vecindad?

PEDRO.—Vamos, vecinos, tened paciencia,
que todo, al cabo, se arreglará;
no arméis jaleo, tened prudencia;
guardad silencio, tened decencia,
como la tiene la autoridad. *(Refiriéndose a él.)*

CORO.—¡Señor alcalde, señor alcalde,
señor alcalde de la ciudad!

(Hace mutis el coro por distintos sitios de la plaza, y en medio de griterio ensordecedor de ¡abajo el alcalde!, ¡mueran los concejales!, etc., etc., el Alguacil penetra en el Ayuntamiento.)

RUFO. Si *tién* razón; esos impuestos son ilegales. Están de acuerdo con lo que dice el papel.

CASIANO. Sigue, sigue, a ver lo que dice...

RUFO. *(Leyendo el periódico.)* Pus dice: A nosotros solo nos corrisponde, por ahora, hacer pública mani... mani... festación de este... de este estado de cosas... para que el país se *intere* y a su *dibido* tiem... po... *exiga* las *rispon*... las *ris-pon-sa-bi-li-aa-des* que deba... *(Continúa leyendo.)* El pueblo tiene... el pueblo tiene...

CASIANO. ¿Qué tiene, hombre, qué tiene?

RUFO. *(Continúa leyendo.)* El pueblo tiene *prefeto direcho a* cono... a conocer esos despil... esos despilfarros del *horario* nacional... *(Deja de leer.)* ¡Pero que muy bien! Nosotros tenemos *prefeto direcho* a que *mus* lo digan *tóo*, *a* por *a* y *b* por *b*.

CALANDRIA. *(Hablando al otro extremo con el Barbero.)* ¿De manera que dice usté, señor Nicasio, que eso de la guerra anda de *caeza* y que vamos de mal en *pior*.

NICASIO. Hombre, ¡no digo tanto!... Lo que hace falta es un hombre que sepa mandar y un pueblo que obedezca. Todo ello es un problema de indisciplina general.

CASIANO. Sigue, sigue la *letura*.

RUFO. *(Leyendo.)* Del «horario» nacional... Punto. Primero, los Ayuntamientos, adonde «emprencipia» a formarse ese «germen» del caci... quismo que «tóo» lo corroe; «dispués», los padres de la provincia, «qui» son los ampa... radores del cacicato «márximo».

CASIANO. ¿Cómo has dicho?

RUFO. Del cacicato máximo... *(Dejando de leer.)* Oye, Ca-

siano, ¿quienes «sirán» esos padres que dice el papel? ¿«Lis» conoces tú?

CASIANO. Yo no; pero pué que sean los Padres Dominicos de la Ensená, que «tién» «güenas» aldabas con los gordos que mandan.

RUFO. Sirá porque ellos también son gordos.

CASIANO. Bueno, sigue, sigue.

RUFO. *(Leyendo.)* Y, por por último, los ripresentantes en Cortes son los «risponsables» de todo este «disor» den», que nos lleva preci... pi-ta-da-men-te a un «desgüiciamiento» social. *(Deja de leer.)* Sí «tié» razón el papel... Sí, señor; pero que mucha razón. Vamos a «dir» a un «precepicio» con estos «deputaos» y «Monecipios», que nos matan a «trebutos» y «contrebuciones» para sus merendonas. ¡Por algo «quién» ser de los que mandan!

CALANDRIA. *(Hablando con el Barbero.)* La verdad es, señor Nicasio, que nosotros no «intenderemos» de náa ni sabremos «náa» de eso de la «obedencia» y del «rispeto»; pero que hemos «dao» los hijos para que «nus» los maten, eso sí que está más claro que la luz del día.

NICASIO. Para que nos los maten, no; para defender a la Patria, sí. En fin, tío Calandria: no hemos de ser nosotros quienes arreglemos el país. Usted conténtese, por ahora, con que está ya arreglado. *(Refiriéndose a que terminó de afeitarle.)* ¡Lo que hace un buen afeitado! Parece usté realmente un pollo.

CALANDRIA. *(Levantándose del asiento.)* Un repollo dirá usté, porque los años no pasan en balde. Tenga, cóbrese *(Le da dos reales.)* dos «rialines». ¡Verá usté, verá usté como la que se arme un día va a ser chica.

NICASIO. Ahí va la chica...

CALANDRIA. No, «siñor», la gorda. Dice ahí en un letrero que se cobran dos perras por «ca» servicio. Veinte cénti-

mos que le doy por tomarme el pelo y veinte por rasurarme, cuarenta. Luego sobra la gorda y no la chica, aun cuando la que se arme no sea chica, sino gorda.

NICASIO. Bueno, tenga, y vaya con Dios el tío Calandria.

CALANDRIA. Quédese usté con Él, señor Nicasio. (¡Vaya un tío vivo! Este da menos vueltas que los de la feria.)

NICASIO. (Lo que es las propinas que tú dejes en las fondas que me las claven aquí. *(Señalando la frente. Vase por la Barbería.)*

CALANDRIA. *(Se dirige al otro lado de la escena, donde están Rufo y Casiano.)* ¿Qué hay, «siñores»? Estaba hablando con el albéitar de eso de la guerra, y me decía que «tó« es el «resultao» de la «desobedencia» y de la falta de «rispeto».

RUFO. No, «siñor»; es culpa de los «Monecipios» y de los padres de la provincia y de los «ripresentantes» en las Cortes.

CASIANO. Oye, ¿y qué desputabais de la gorda y de la chica? ¿Hablabais de la «señá» Dominica y de la su sobrina Rosa?

CALANDRIA. ¡«Qui» íbamos a hablar! Era que estábamos liquidando la «fatura» del rasurao. Y tú, que eres del «Monecipio» *(Dirigiéndose a Casiano)*, ¿qué «ti» parece eso de los «trebutos» del vino y de la paja y de la leña?

CASIANO, «Pus» me parece que debéis de pagar y callar... Las contrebuciones que pone el Ayuntamiento son pa favorecer al pueblo, pa hacer obras, pa arreglar las vías públicas y pa...

CALANDRIA. Y pa hacer gárgaras, digo yo. Ese dinero de los «trebutos» no se sabe dónde va.

CASIANO. Sí, señor; va al déficit que tienen los presupuestos. Es el «gravamén» «pa» cubrir lo que falta de por cubrir.

RUFO. Sí, pa «comiérselo». Tié razón el papel. Dibemos exigir las «risponsabilidades» que «vien» al caso los concejales, a los «deputaos» y a los padres esos de la provincia.

CASIANO. Pues no, señor; es pa cubrir lo que falta de por cubrir en los «capitolios» *(Qüerrá decir capitulos)* de los gastos.

CALANDRIA. Tú eres un tragaor, que por «qui» te dan el currusco por «estate» «rascandote» las narices «tóo» el día, «quiés» «encubrilos».

CASIANO. El «tragaor» y el sinvergüenza eres tú. Y ti voy a romper la «caeza».

RUFO. Vamos, que «haiga» orden. Yo no «puó» ver a los de Ayuntamiento; pero no por eso voy a faltar a los amigos. Dibemos exigirles «risponsabilidades» a ellos y dibemos exigirles las cuentas a ellos y dibemos de hacer «tóo» lo que dice el papel; pero «na» más; ¡porque eso de que jueguen los arrieros y paguemos los machos... eso no mi convence! *(Atravesará la escena un chico de Telégrafos con un telegrama en la mano y entrará en el Ayuntamiento, saliendo al poco rato de hacer el mutis.)*

ESCENA II

Dichos y el señor NICASIO

NICASIO. ¡Pero qué os pasa! ¿Por qué reñis? No parece esto una Plaza Constitucional, sino una plaza de toros en día de bronca.

CASIANO. Si lo dice usté por el tío Calandria, que era quien nos picaba, va bien. El Rufo y yo estábamos callados del «tóo».

CALANDRIA. Si lo dice usted por el señor Casiano, que era quien nos estaba toreando y se empeñaba en «convecenos» de la honraez de los políticos que se reúnen en esa ladronera *(Señalando al Ayuntamiento)* pa bebenos la sangre. ¡Son «piores» que una sanguijuela!

NICASIO. Vamos, vamos, no despotriques y sé más «callao».

RUFO. Eso es; sé más callao; pus no es pa ponese «asín», cuando el mal no está solo en los que se reúnen ahí *(Señalando al Ayuntamiento)*, sino en los que se reúnen aquí, en los que se reúnen en toda España. Vamos al «desquirriciamiento» y al «precepicio». ¿No es eso, señor Nicasio?

NICASIO. Así es, Rufo. Mira, ahí viene el Alguacil. Pregúntale, a ver lo que dice.

ESCENA III

Dichos y PEDRO el Alguacil, que sale del Ayuntamiento.

PEDRO. Buenos días, señor Nicasio... Hola, tío Calandria... ¿Qué dices tú, Ratino? *(Dirigiéndose a Rufo.)*

NICASIO. Buenos días, Alguacil. ¿Qué nos cuenta usté de eso de los impuestos, usté que estará enterado de lo que hacen los ediles? Cuente, cuente lo que sepa, a ver si se tranquilizan éstos.

RUFO. Sí, sí, dinos lo que sepas, que estamos «preocupaus» con eso de los nuevos «trebutos».

CALANDRIA. A mí me paice, señor Pedro, una barbaridad de las más tremendas. Bueno que «hubián» puesto «contrebución» a los burros de los vecinos, o a los

carros, o a las caezas de ganao, porque el que más y el que menos tiene seis u ocho caezas; pero querer quitar al trabajaor de echase un trago y de calentase a la lumbre, eso no es tener ni «caridá» ni vergüenza.

RUFO. Si «hubián» puesto contrebución a los mozos solteros y a las mozas en estado de merecer, «entoavía» podríamos «dispensalo» y hasta «aplaudilo»; pero a la paja y a la leña y, lo que es «pior», al vino, eso no es civilismo, ni patriotismo, ni querer al prójimo como dice el «Caticismo».

PEDRO. «Pus» vereis. El Ayuntamiento ha gravado el vino «pa» evitar que os emborracheis, porque desde que los Gobiernos lo desgravaron no hay día que no tengamos algún vecino de arresto «monecipal». ¡Claro es que con esto «himos» ido ganando el abaratamiento de la «merluza». «Respecto» a la paja, como viene a ser el artículo de primera «nesecidad» pa el vecindario, puesto que la utiliza pa tóo, y la más abundante, puesto que ya sabéis también que el vecino menos pudiente se mete pa «drento» durante el año, por lo menos, quince o veinte carros.

NICASIO. *(Aparte.)* Meter es. ¡Vaya una indigestión!

PEDRO. El Ayuntamiento ha visto en esos artículos un ingreso seguro, y dicho y hecho: ha publicado el bando que habéis oído leer. ¿Lo sabéis? ¿Lo tenéis explicado?

NICASIO. Daros cuenta también de que, aun cuando paguéis ese impuesto, vuestro dinero va a los fondos del común, y como son «común de tóos» *(Con ironia)*, son de todo el pueblo y todo el pueblo se beneficia de ellos con las obras y reparaciones de puentes, carreteras, caminos. Acordáos que no hace mucho tiempo os abrieron una nueva vía de comunicación por Torresantiago.

CALANDRIA. Eso se hizo, señor Nicasio, con los dineros del deputao a cuenta los votos.

RUFO. Eso fué por votar todos a una...

PEDRO. ¿Cómo a una?

RUFO. A una «presona mesma».

PEDRO. ¡Ah!... Bueno, sus dejo, porque voy de prisa y me habéis entretenío. Voy a casa del señor Alcalde a llevar este «tilegrama», que se ha recibido de la capital. *(Hace medio mutis).*

CALANDRIA. Oiga, señor Pedro ¿Sirá dándonos cuenta de algún otro desaparecío o muerto en la guerra?

PEDRO. No se lo que será... pero me huele a algo grave, porque siempre que recibimos «tilegramas» tenemos «vesitas» del Gobernaor, del Inspector de la Sanidad, de los investigadores de Hacienda..., en fin, de algún «presonaje» de esos que vienen a trastornar la tranquilidad... Siñores, quearse con Dios.

ESCENA IV

Dichos, menos PEDRO

NICASIO. Yo también me voy... Ya que las tareas peluquéricas y que la concejalía me dejan un rato libre, voy a trabajar un poquito en pro del arte y de la cultura. Estoy componiendo, para las fiestas del Cristo, una *Marcha*, para bandurrias y guitarras, con motivos...

CALANDRIA. ¿No ha dicho usted que con motivos de las fiestas del Cristo?

NICASIO. ¡No, hombre, no! Si digo con motivos patrióticos; tomando, por ejemplo, algunos compases de la *Mar-*

cha Real española, o de la *Marcha de Cádiz*, o de la *Marcha...*

RUFO. Bueno, ¿no ha dicho usted que se marcha?

NICASIO. Anda, anda, y hace chistes y todo... Adiós, Rufo... Hasta luego, Casiano *(dirigiéndose a Calandria)*. Y sigue con la chistografía...

RUFO. Vaya con Dios, señor Nicasio.

ESCENA V

CALANDRIA, RUFO Y CASIANO

CALANDRIA. Oye, Rufo, ¿«cá» dicho? No le he entendío.

RUFO. «Pus», que sigas con la «chistimiliosgrafía.

CALANDRIA. ¿Y qué quié dicir «chistimiliosgrafía».

RUFO. «Pus chistimiliosgrafía, quié icir, quié icir... pus chistimiliosgrafía...» Bueno, ya nus lo explicará el señor maestro que entiende de «adjetivios» y proverbios.

CALANDRIA. Voy a la taerna a echar un trago... ¿Quiés vinir, Rufo? –

RUFO. Si «nesecitas» compañía, aquí hay un voluntario y un convidao pa tomar tóo lo que se pague.

CALANDRIA. Vente, y beberás un jarro. ¡Ya verás, ya verás como dispués protestamos con más juerza de los trebutos!

ESCENA VI

CASIANO, solo

CASIANO. *(Que se adelantará un poco hacia el centro de la escena.)* ¡Vaya un par de cubas! A éstos lo único que les interesa es el morapio... aun cuando más les debiera interesar la paja, porque más están pa un pesebre que pa sentarse a la mesa.

ESCENA VII

CASIANO, DOMINICA y ROSA, que salen por el arco del pueblo

DOMINICA. Buenos días, Casiano.

ROSA. Hola, señor Casiano.

CASIANO. Buenos días tengáis... Qué, ¿no lleváis nada de pago?...

DOMINICA. Nada... unas cosillas que ya hemos pagado en el fielato de abajo...

CASIANO. Qué dices, Rosa?... Ca día estás más guapa... ¿Qué tal te va con el novio?

ROSA. Yo no tengo novio, señor Casiano... De las pobres no se acuerda nadie, y menos de las que, como yo, que, por no tener, no tienen ni un triste hogar donde recogerse...

DOMINICA. Tienes el de tus tíos, que es como si fuera tuyo...

CASIANO. Eso es... tus tíos te recogieron desde pequeñita, que te quedaste sin padres...; ellos te prohijaron

cuando tu pobre madre—que aun recuerdo—murió...; ellos te han educado y con ellos, y al cuido de ellos, creciste y te hiciste mujer...

ROSA. Sí, señor Casiano... A ellos les debo todo lo que soy y lo poco que valgo... Soy agradecida y no puedo olvidar que ellos son mis segundos padres...

DOMINICA. Nosotros también la queremos, pues no en balde fuimos los que la dimos el cariño paternal que la faltaba... Ahora, que ella es un poco ingrata y quiere abandonarnos... Se ha empeñado en irse de institutriz o señorita de compañía... Ya ve usted, señor Casiano, en busca de lo desconocido... A la aventura.

CASIANO. No seas tonta, al lado de tus tíos puedes hacer tu suerte y encontrar el día de mañana una buena colocación.

DOMINICA. Aconséjela usted, señor Casiano..., aconséjela... Usted que tiene experiencia..., usted que conoce algo de mundo. *(Vase).*

ESCENA VIII

CASIANO y ROSA

Música (romanza)

ROSA.
Conozco del mundo
todos sus primores
y tuve de cerca
penas y dolores;
me crié de niña

entre los jardines
de bellos rosales
y puros jazmines.
He visto de cerca
todos sus azares
y tuve alegrías
y tuve pesares.
Nada ya en la vida
me hace sensación,
estoy hastiada
y ansío cansada
completa abstracción.

Ya ve si es posible
con tanto quebranto
y tanta amargura
y pesares tantos
oír de la vida
consejos mejores
si he visto en la vida
todos sus colores.
Nada ya en la vida
me hace sensación,
estoy hastiada
y ansío cansada
completa abstracción.

(Hablando.) Sí, señor Casiano, sí. ¡La vida! ¿Qué debo yo a la vida, si en ella no he recibido más que pesares y quebrantos? ¿Qué tienen que agradecer al mundo las que, como yo, tuvieron la desgracia de perder los padres, siendo niñas, y tener que vivir luego a expensas de la caridad, porque caridad es la que me dispensan mis tíos y tutores?... Y más tarde,

cuando fuí mayorcita y tuve de cerca la felicidad... el mundo mismo... la vida misma, con todos sus azares, me la arrancó de las manos... quizá para siempre... Usted que sabe, señor Casiano, todo el proceso de mi vida, y que conoce paso a paso todo cuanto de bueno o malo en ella hice, sabe que siendo una chiquilla... una niña inocente, recién salida del colegio de las monjitas, adonde me educaron mis padres, tuve un novio... ¡un novio!..., quise a un hombre con un cariño todo fe y entusiasmos... Aquel hombre era Antonio, el hijo de los pobres colonos de la «Abadía»... Yo no había tenido otro cariño hasta entonces que el de mis padres... No sabía lo que era otro cariño que el del hogar tranquilo de los míos..., ¡no sabía lo que era un novio!... No sabía lo que era esa dicha inefable del querer, adonde unas veces hay espinas y otras flores... Querer—decía yo—es una manifestación del alma, igual que otra cualquiera, sin arraigos ni ensueños... Las monjitas del colegio nos decían que amor era una manifestacion sencilla del espíritu, sin sensaciones ni pasión, sin fuego ni calor... era entonces para nosotras, las colegialas, algo así como el afecto templado de las almas hacia el objeto inanimado o hacia el ser que convive con nosotros... algo así como el juguete preferido para los deleites infantiles... Más tarde, cuando conocí a Antonio, querer era otra cosa... era un sentimiento que dormía en el alma de todos..., era una semilla que vivía en toda clase de tierra..., era el fuego inicial que se transformaba en hoguera... ¡Era todo en la vida!... Pues bien, señor Casiano: usted sabe que mis tutores se enteraron de nuestros amoríos, y Antonio, el pobre hijo de los colonos de la «Abadía», fué arrojado a la calle sin disculpas de ningún género, igual que se arroja un harapo sucio y

asqueante... ¡Sus pobres padres quedaron en el mayor desamparo!... ¡Y aun hablan de la experiencia de la vida! ¡Y aun hablan de consejos, cuando de la vida no he recibido más que ingratitudes!... ¡Y dice mi tía que me aconseje usted... usted, que tiene mundo!...

CASIANO. ¡Tienes razón, hija mía!... La vida la tengo yo comparada a la balanza donde pesan los tenderos... La felicidad nunca está en el fiel...: depende de como caigan las pesas... Y la experiencia y el mundo de nada sirven si las pesas han caído mal en los platillos. ¿Qué habrá sido de Antonio?... El pobre, contrariado de las cosas que le sucedieron en el pueblo, desapareció de él... ¡Así es el mundo! ¡Así somos los hombres!

ROSA. ¿Qué tiene que agradecer ése a la vida?... ¿De qué pudo servirle la experiencia?

CASIANO. Pero ¿tú no tuviste nunca noticias de él? ¿No te escribió?

ROSA. Sí, dos cartas tuve de él desde París, adonde, como usted sabe, fué en busca de trabajo con unos obreros emigrantes de la montaña... Mis tutores se dieron cuenta de la correspondencia y la interrumpieron de tal forma, que por más esfuerzos que he hecho no he podido volver a tener noticia de él... Claro es: para ellos, Antonio, el criado, el hijo de los colonos a quienes ellos solían perdonar los arriendos de las fincas cuando los años eran malos, representaba muy poco para la sobrina de tales tíos. Hace unos meses tuve noticias de su paradero...; volví otra vez a saber de él. Unos soldados que pasaron por el pueblo con dirección a Valbenizo, en uso de una licencia que les había sido concedida por enfermos, me dijeron que Antonio, se había alistado en el Tercio Extranjero de Africa. Yo le he escrito varias cartas;

pero, nada...; parece que se le ha tragado la tierra.

CASIANO. ¡Pobre Rosa! ¡En verdad que fuiste desgraciada!... Pero ¡quién sabe, quién sabe si algún día vendrá la *güena* y se cambiarán las tornas! ¡Quién sabe si Antonio habrá hecho fortuna donde se halle y *güelva* triunfante a por ti!... ¡Quién sabe, mujer, quién sabe! Confianza en Dios, Rosa.

ROSA. Es verdad; puede que venga algún día, y entonces veremos si mis tutores se atreven con los dos. Ahora soy mayor de edad y a nada tengo que temer. Soy la dueña de mis actos...

ESCENA IX

CASIANO, ROSA y DON ROSENDO

D. ROSENDO. Larga ha sido la charla... Vamos, Rosa, entra, que te llama tu tía. Tenéis que bajar alguna a la botica, pues el mancebo tiene que ir al ensayo. Se le ha subido a la cabeza la dichosa rondalla del señor Nicasio, y...

ROSA. Señor Casiano, con su permiso. *(Dirigiéndose a Casiano.)* Hasta luego. *(Vase puerta farmacia.)*

CASIANO. Adiós, hija...

D. ROSENDO. ... y ya en mi casa tenemos todos que codearnos con las primas y tutearnos con las segundas.

CASIANO. ¿Y usted, don Rosendo, va a dar un paseo?

D. ROSENDO. No, señor; voy a casa del alcalde, a ver si nos reunimos los de la comisión, para solucionar eso de la paja... Porque esos zanganotes del Tremolete nos van a soliviantar al pueblo... Quede usted con Dios, señor Casiano.

CASIANO. Vaya usted con El, don Rosendo.

ESCENA X

CASIANO y FLORITA *(señorita ridicula de pueblo, que sale precipitadamente, avanzando hasta el centro de la escena)*

FLORITA. *(Hablando de prisa.)* Buenos días, señor Casiano. ¿Ha visto usted por aquí a mi padre? ¿Anda por aquí mi padre? ¿Se encuentra por aquí mi padre?

CASIANO. Pero, chica, ¿qué es eso? *Paeces* un *automovile* en una carrera de velocidad... Tu padre *(Con ironia.)* no anda por aquí, anda por... bueno, anda porque tiene pies. *(Excusando explicaciones.)* Pero tú por lo que has venido aquí no es por tu *papá:* es por Florito, que te tiene *absorbios* los sesos.

FLORITA. ¿Por Florito?

CASIANO. Sí, por Florito, el mancebo de don Rosendo.

FLORITA. Pero ¿qué está usté diciendo?

CASIANO. Lo que has oído, y a mí, para dármela con *Gruyere*, que es un queso que, según dicen, le hacen unos padres reverendos, se nesecita traer *entoavia* más *velociá* que un automovile de veinte caballos y la burra del tio Crispín... Tortolitos a mí, ¿eh? *(En este momento aparece Florito a la puerta de la farmacia, con una blusa larga y vestido ridiculamente.)* Hasta luego, palomos, que si no me marcho me vais a poner el gorro, y yo estoy mejor pa la gorra... Que os aproveche... *(Vase por el arco.)*

ESCENA XI

FLORITA y FLORITO *(que avanza hasta el centro de la escena, donde está* FLORITA)

FLORITA. ¿Me quieres, Florentinito?

FLORITO. Mucho, mucho, mucho. ¿Y tú a mí, gacela matutina?

FLORITA. Mucho más, visión terrestre.

FLORITO. ¿A que no sabes lo que soñé anoche?... Soñé que íbamos camino de la iglesia.

FLORITA. ¿A oír misa?...

FLORITO. A casarnos... Tú ibas con tu traje negro, tu mantilla y el ramo de *azarar* correspondiente sobre el pecho... Yo... verás tú... con mi traje negro, mi cuello alto, mi lazo blanco.

FLORITA. Oye, ¿como para comulgar?

FLORITO. No, mujer, no; mi lazo blanco de corbata; mis calcetines de seis pesetas par, mis botas de charol y mi sombrero de copa...

FLORITA. Suprime esa copa delante de mi padre.

FLORITO. Si digo sombrero de esos de tubo largo.

FLORITA. Bueno, no importa; suprime la copa, porque se la bebe con tubo y todo. *(Transición.)*

FLORITO. ¡Ay, cacho cielo, gué ganas tengo de que seas mía, para darte un mordisco en la nuca... Vamos a ser más felices que dos palominos.

FLORITA. ¿Me quieres mucho?

FLORITO. Como la trucha al trucho. ¡Tengo unas ganas de abandonar el manganeso potásico, los parches y los morteros!...

FLORITA. Bueno, Florito; me voy, que es tarde; no sea que venga mi padre, nos sorprenda y nos dé una paliza.

Adiós, Florito... ¿Vendrás esta noche a casa? Mira que como no vengas... *(Amenazándole cariñosamente.)*

FLORITO. Sí que voy, pero no solo... Voy a ir con mis compañeros de rondalla, a rondar a tu ventana.

FLORITA. Que no te coja mi padre, porque si te coge te rompe un ala. Hasta luego, Florito.

FLORITO. Adiós, Florita. *(Vase por el arco,)*

ESCENA XII

FLORITO, solo

FLORITO. Cuánto me quiere... Un poco ridícula es, pero qué lo vamos a hacer. En este maldito pueblo no hay más que dos mujeres para rondar... La una, la sobrina del amo, que está comprometida. La otra, Florita. «A falta de pan, buenas son tortas.

ESCENA XIII

FLORITO y CASIANO

CASIANO. Qué... ¿Terminó la «interviuve»?... ¿Se fué la trucha. Por supuesto, que más trucha que tú...

FLORITO. Sí, señor Casiano. Se fué la trucha, y ha quedado el trucho. *(Maliciosamente.)*

CASIANO. Irá en busca de su padre, que ése si que estará con una trucha de arrobas.

FLORITO. Abur, señor Casiano... Me voy al «pildoreo» y al «parcheo». *(Vase a la botica.)*

CASIANO. Adiós, Florito.

ESCENA XIV

CASIANO, solo

CASIANO. No... y lo que es éstos la hacen «mu» gorda. Se han empeñao en casarse, y se casan. Yo..., me caso con diez, si tuviera su edad, enseguida me iban a atrapar a mí... Y menos con una que se llama Flora. ¡Cómo iba yo a casarme con Flora llamándome Floro!... A los hijos nos los llamarían «Florines». ¡Con lo que son en el pueblo!

ESCENA XV

CASIANO, DON JACOMÉ y DON ROSENDO

DON JACOMÉ. Buenos días, Casiano.

CASIANO. Buenos los tenga el señor Alcalde.

DON JACOMÉ. ¿Han vuelto esos sinvergüenzas?

CASIANO. No, señor.

DON JACOMÉ. Entonces, ¿no hubo más disturbios? ¿Pá dónde fueron los alborotadores?

CASIANO. Han debío dir a las afueras del pueblo.

DON ROSENDO. Ya le digo a usted, don Jacomé. Lo principal es no revocar el acuerdo, pase lo que pase. Perderíamos nuestra influencia con las masas.

DON JACOMÉ. ¿Y si esas bestias nos queman el pueblo.

DON ROSENDO. ¡Qué van a quemar!

DON JACOMÉ. Mire usted, Don Rosendo, que ellos están muy quemaos.

DON ROSENDO. ¿Le parece que subamos al Ayuntamiento? Se va acercando la hora de que vengan los de la Comisión de Arbitrios.

DON JACOMÉ. Como quiera, don Rosendo. *(Se dirigen hacia el Ayuntamiento.)* Estoy conforme con usted; me ha convencío. Lo principal es no perder la autoridad. *(Hacen mutis por el Ayuntamiento.)*

ESCENA XVI

CASIANO, y después el tío CALANDRIA y el RATINO (RUFO), que vienen borrachos, cantando, por la lateral derecha

CASIANO. Eso de los impuestos va a traer de caeza al pueblo... Pues me se ha olvidao decir al Alcalde lo del telegrama. Y el señor Pedro le andará por ahí buscando. ¡Maldita caeza!... Iremos, poco a poco, cerrando el Fielato. Ya ha anochecío, y, marchándose el sol, nosotros a descansar. ¿Qué veo? Se distinguen dos bultos que vienen hacia aquí. Si es el Rufo y el tío Calandria. ¡Vaya un par de merluzas que traen! ¡Alto! No podéis pasar. Quedáis decomisados.

CALANDRIA. ¿Descamisados nosotros?... Anda, Rufo, dile lo que viene al caso.

RUFO. ¿Descamisados nosotros?... Ande, tío Calandria, dígale lo que viene al caso.

CALANDRIA. ¿Descamisados?... ¿Por qué?

CASIANO. Porque lleváis contrabando.

CALANDRIA. Contra... ¿qué?

CASIANO. Contrabando.

RUFO. ¿Contrabando?

CASIANO. Sí, contrabando. No véis que lleváis dos merluzas.

CALANDRIA. Qué gracioso está el señor Casi-ano.

RUFO. Está mu graciosa la noche.

CASIANO. Oiga, tío Calandria, han venío a preguntar por usted.

CALANDRIA. ¿Por mí?... ¿Que han venío a preguntar por mí? Anda, Rufo, dile lo que venga al caso.

RUFO. Dígaselo, usted, tío Calandria.

CASIANO. Sí, señor; le andan buscando.

CALANDRIA. Pus que me busquen... El que me busca, me encuentra. ¿No es cierto, Rufo?

RUFO. Sí, señor. El que nos busca nos encuentra ¿He estado bien? *(Preguntándole a Calandria.)*

CALANDRIA. Pero que mu bien. ¡Abajo los munecipios de tragaores!

RUFO. ¡Abajo los consumos, Casiano! ¡Arriba la república! Tié razón el papel; hay que desigirles las cuentas. Que no nos vengan con cuentos. Semos hombres de concencia. ¡Mueran los tragaores!

CALANDRIA. ¡Mueran los trebutos monecipales!

RUFO. ¡Abajo los consumos!

CASIANO. Más vale que tuviérais más vergüenza... ¡¡Cubas!! *(Hace mutis por el arco.)*

ESCENA XVII

RUFO y TÍO CALANDRIA

RUFO. Vamos a tomar la penúltima. ¿La penúltima?, no; la ante... ante... penúltima.

CALANDRIA. Vamos, Ratino.

RUFO. Vamos, Calandria. Pa mí que no es usted ni calandria... sino un mochuelo mu grande.

CALANDRIA. Y usted un merluzón de muchísimas arrobas.

RUFO. Bueno, vamos a tomar la penúltima...; pero ahora pago yo.

CALANDRIA. No, señor; pago yo.

RUFO. He dicho que tengo que pagar yo.

CALANDRIA. Bueno, no desputemos... pagamos los dos: tú un jarro y yo otro jarro.

LOS DOS. *(Cantando.)*

A beber, a beber y a apurar
las copas del peleón,
que el vino hará olvidar
a la contrebución.

ESCENA XVIII

EL SEÑOR NICASIO, FLORITO y CORO DE CABALLEROS RONDALLISTAS, todos con instrumentos: bandurrias, guitarras, flautas, laúdes, etc., etc.

NICASIO. Ya os he dicho que las guitarras tenéis que apretar más; que apenas subís los bajos.

RONDALLISTA 1.º *(El más bajo de estatura.)* Oiga, señor Nicasio: ¿cómo vamos a subir si somos bajos?

NICASIO. Bueno, hombre, bueno; si digo los bajos de las guitarras.

RONDALLISTA 1.º ¡Ah!...

NICASIO. Al empezar la marcha atacáis los altos.

RONDALLISTA 2.º *(El más alto.)* ¿Nosotros?...

NICASIO. No, las voces cantantes.

OTRO RONDALLISTA. ¿Es que vamos a dar voces también?

NICASIO. Me refiero a las bandurrias.

FLORITO. ¿Le parece a usted, señor Nicasio, que pasemos la marcha aquí en la calle para ver el efecto?

NICASIO. Como queráis. Colocarse en forma. Como yo os he dicho. Así. ¿Estamos? ¡A una! Vamos con la marcha.

Música

(NICASIO *avanza a la batería. El* CORO DE RONDALLISTAS *evoluciona artísticamente mientras la orquesta ejecuta la marcha. Terminada ésta, un* MOZO *canta las siguientes coplas.*)

MOZO La jota de mi Castilla
es amapola de amor,
y en cuanto canto una copla
brota fuego el corazón.

CORO. A la jo, a la jota, ¡plán!
A la jo, a la jota, ¡plín!
A la jo, a la jota, ¡plán!
Jota ¡rataplán!
Jota ¡rataplín!
¡Plán, plán, plán, plán!

MOZO. *(Copla.)* Sentir amor verdadero,
sentir amor verdadero
más de una vez, imposible,

y no tiene corazón
el que lo contrario afirme.
El que lo contrario afirme,
sentir amor verdadero.

CORO. *(Repetición del estribillo que enlaza con la* Marcha. *haciendo mutis.)*

ESCENA XIX

PEDRO (el alguacil)

PEDRO. *(Viene deprisa y agitado.)* Pues, señor, bien; no encuentro al alcalde por ninguna parte; en el Casino, que estaba en casa; en casa, que estaba en el Casino, y en el Casino que había «venío» al Ayuntamiento. Total: que estoy hecho un ovillo, y too por dos cincuenta. La cuestión es que he «recorrío» too el pueblo, preguntando por el alcalde, y too el pueblo sabe a estas horas que el alcalde ha tenío un telegrama Si no le encuentro en el Ayuntamiento, espero a que venga; ya no ando más. *(Hace mutis por el Ayuntamiento.)*

ESCENA XX

(Atravesarán el escenario, y entrando por el Ayuntamiento, primero, el señor Nicasio; después tres concejales, casi seguidos, y después otros, en grupos de dos o de tres. La orquesta, en consonancia con la salida de los tres primeros,

interpretará algunos compases de «Los Ratas», de la popular zarzuela *La Gran Vía.* Se oyen sonar en un reloj de torre las ocho de la noche. A lo lejos se oirá también la rondalla. Hasta que no termine la orquesta no dará principio la

ESCENA XXI

JENARA Y FILOMENA, que entran por la derecha y hacen mutis por la botica

JENARA. Vamos, Filomena... ¡Ah! y no te marches del pico, como hiciste las noches antipasadas hablando de la Rosa con doña Dominica. Son cosas de familia y nadie más que ellos se entienden. La Rosa quiere a Antonio y a la tía la molesta que se hable de él... pero... aluego puede ser que tía y sobrina se arreglen.

FILOMENA. Pierda usted cuidao, señá Jenara. Por mí... boca cerrá.

JENARA. Sí, mejor es. Porque en boca cerrá no entran moscas. *(Hacen mutis por la farmacia.)*

ESCENA XXII

El señor NICASIO, luego don ROSENDO y después los concejales mudos

NICASIO. *(Con cara de alegría y de satifacción.)* ¡Vaya una noticia! ¡Quién lo había de pensar!... El pueblo está de enhorabuena. ¡Lo que vamos a ganar todos!...

Urbanización, fuentes, puentes, ríos, lagos, lagunas, pero, ¿qué estoy diciendo?... Me ha trastornado el júbilo. Voy a dar la noticia al casino. *(Vase por el arco.)*

DON ROSENDO. Hemos salvado el conflicto. La cosa se ha puesto de buenas. En cuanto sepan los del pueblo que hemos revocado el acuerdo de los impuestos, nos hacen una estatua. ¡Voy a dar la noticia a casa! Que lo sepan las primeras Dominica y Rosa. *(Mutis. Salen a continuación los demás concejales mudos, que, como a la entrada,* no dicen nada. *Se van por el arco.)*

ESCENA XXII

DON JACOMÉ (el alcalde) y PEDRO (el alguacil)

DON JACOMÉ. *(Hablando con* PEDRO.) Sí, indudablemente, da el pregón. No importa que sea de noche; las noticias buenas no deben aplazarse, y... recalca bien eso de la condonación de los impuestos.

ESCENA XXIII

DON JACOMÉ, solo, y después el CORO

DON JACOMÉ. Y el telegrama está claro. *(Leyendo.)* «Rico hacendado Casto Longoria Martín, vecino ese pueblo, fallecido Buenos Aires, deja por legación testamento,

según orden recibida Consulado general república, toda fortuna, treinta millones, a ese pueblo, que vióle nacer, distribuidos asilos, hospitales, escuelas; cinco millones entregaránse huérfana padres que case; otros cinco primer soldado hijo pueblo obtenga en Africa laureada San Fernando. Enhorabuena. Salúdole. *Cónsul.*» Está terminante. *(Leyendo.)* «Deja al pueblo treinta millones...» Claro es que con ellos cubriremos el déficit municipal; haremos obras de urbanización; repararemos carreteras; saldaremos el contingente provincial... *(Se oyen voces, vivas al* ALCALDE, *al Ayuntamiento, y el bando que da el* ALGUACIL.) ¡Anda! ¡Como está el pueblo! No quiero que me cojan en la plaza. Voime al Ayuntamiento. Sí, sí, es lo mejor. Lo que yo he dicho antes: la manifestación de fuerzas vivas y de vivos... *(Vase por el Ayuntamiento).*

ESCENA XXIV

ALGUACIL, MOZOS y MOZAS del pueblo y RONDALLISTAS, con faroles de cristal. Se asoman al balcón todos los VECINOS

Música

(Empieza la rondalla desde dentro, y a continuación el Coro sale y canta)

CORO. Es noche de fiesta,
es noche de danza;
que vengan los mozos
con toas sus guitarras;
suenen los panderos,
suenen las dulzainas;

que corra las calles
la alegre rondalla.
Esta noche es noche
de fiesta y de danza.

—

Que salga el alcalde,
que baje a la plaza
que too el vecindario
le quiere y le aclama.

—

Señor alcalde, señor alcalde,
señor alcalde, baje usted acá,
que el vecindario del Tomelloso
le quiere ahora felicitar.
Señor alcalde, señor alcalde,
señor alcalde de la ciudad.

UNO. *(Hablado.)* ¡Viva el señor alcalde!

TODOS. ¡Viva!...

UNO. ¡Viva el Ayuntamiento!

TODOS. ¡Viva! ¡Que hable! !Que hable!

ALCALDE. *(Asomándose al balcón.)*

Señores: Voy a hablar;
pero antes yo quisiera
que, con sinceridad,
dijeseis si eran ciertos
y si es que son verdad
todos los entusiasmos
y esa fraternidad
que muestran los vecinos
ante esta autoridad... *(Paúsa).*
En nombre el Municipio,
os voy ahora a hablar,
para decir a todos
que el Municipio está
colmado de alegría

por la felicidad
que ha caído sobre el pueblo;
que el pueblo pasó ya
sus trances más amargos,
y que pronto vendrá
la paz en los hogares
y la tranquilidad... *(Pausa).*
No pagaréis tributos,
nadie os molestará
con impuestos y arbitrios,
y podréis disfrutar
de la paja y el vino
que es de necesidad
pa todo el vecindario
y aun pa la autoridad.
No pagaréis consumos,
y asegurada está
la leña que llevéis
y la que vais a dar
a la mujer en casa...
(Surge un ligero murmullo de protesta.)
pa echarla en el hogar.
Ya podéis beber vino;
podéis emborrachar
a toda la familia,
con la seguridad
de que ese vino es puro,
de buena calidad,
porque los taberneros
no os lo han de bautizar.
Ya podéis comer bien
y podéis trabajar,
aunque sé que el trabajo
no os ha de molestar.
En fin..., seréis felices.

Y esa felicidad
¿a quién se la debéis?
Al que ahora mismo está
diciéndoos las verdades.
Al que supo lograr
que no paguéis impuestos
en toa una eternidad,
mediante unos millones
que dejó a la ciudad
un ciudadano ilustre,
que murió por... «allá».

UNO. ¡Viva el señor alcalde!

TODOS. ¡Viva!...

UNO. ¡Vivan las personas honradas y trabajaoras!

TODOS. ¡Vivan!...

(*Se va el* CORO, *por distintos sitios, en medio de vocerio y vivas ensordecedores.*)

ESCENA XXVI Y ULTIMA

ANTONIO, solo, que saldrá vestido con el uniforme de legionario y el brazo derecho en cabestrillo. Sobre su pecho ostentará la laureada de San Fernando. *(Quedará la escena en silencio).*

ANTONIO. ¡Qué soledad y qué tristeza la de mi pueblo!... Allá, en los lechos tranquilos donde duerme el labriego que se rindió al trabajo y el ocioso hacendado que descansa saboreando las primicias de sus riquezas, reposaron en algún tiempo también los míos; aquellos que, arrojados bruscamente del hogar feliz, se vieron en el arroyo para siempre. Aquellos que me

dieron la vida, y a quienes yo no vi morir. (*Larga pausa y transición.*) ¡Cuando abandoné el pueblo, la misma soledad y tristeza que hoy me despidieron! *(Transición y otra pausa.)* Y ella... ¿Qué habrá sido de ella?... ¿Me habrá olvidado? (*A la lejos se oye la rondalla.*) Se oye música lejana... No será, seguramente, para festejar la llegada del héroe, que, después de triunfar, viene unos momentos a su pueblo natal para hacerle partícipe de sus triunfos... Serán los mozos, que, alegres, como yo en algún tiempo, festejan a las mozas. Los ecos lejanos de la música reaniman mi espíritu decaído, que bien necesita de alimento espiritual para contrarrestar la tristeza del alma... (*Pausa larga.*) ¡Pueblo mío, duerme tranquilo! Desde este duro banco (*Dirigiéndose al banco que hay junto la fielato*), que hoy me sirve de lecho, velo por ti, y..., mientras tus mozos y tus mozas juguetean por ser felices..., yo, este pobre soldado legionario, que venció en cien batallas, y que, herido, viene a visitarte, descansa también tranquilo y silencioso, esperando la mañana para hacerte participar de sus glorias de héroe, que son glorias también del pueblo y de la Patria, de esta Patria de héroes, que sintió también, como yo, los azotes de la adversidad. ¡Descansa, pueblo mío! ¡Descansa!

TELON LENTO

CUADRO SEGUNDO

La escena representa el interior de la casa de DON ROSENDO, el farmacéutico.

La decoración será el despacho de aquél. Dos puertas practicables, una en cada lado; una ventana al fondo y puerta al foro, que dará al pasillo que conduce a las escaleras de la calle.

Al levantarse el telón aparecerá ROSA cepillando la americana de DON ROSENDO, el que al mismo tiempo saldrá a la escena en mangas de camisa.

ESCENA I

ROSA y DON ROSENDO

ROSA. Tío, parece que se le han pegado a usted las sábanas.

DON ROSENDO. Sí, es verdad; hoy me he levantado más tarde que de costumbre. *(Mira el reloj.)* Las nueve de la mañana. Es claro: anoche eran las doce y todavía no nos habíamos acostado.

ROSA. De manera, tío, que el pueblo está de enhorabuena.

DON ROSENDO. Así parece... Como que hemos solucionado un grave conflicto para el Municipio. *(Suena la campanilla de la escalera.)* ¿Llaman a la puerta?

ROSA. Sí, han tocado la campanilla.

DON ROSENDO. Sal a abrir. ¿Quién será tan de mañana?...

ESCENA II

Don Rosendo, Rosa y Genara

Genara. Buenos días, don Rosendo.

Don Rosendo. Buenos, señora Genara. ¿Qué cuenta usted tan temprano?

Genara. Pues, mire usted, que salía de misa y he dicho, digo voy a entrar a ver si sabe don Rosendo algún detalle más de eso de la herencia del pueblo.

Don Rosendo. Pues nada, que de los treinta millones que el pobre Longoria deja al pueblo, cinco son como dote para la primer moza huérfana de padres que se case, y otros cinco para el hijo del pueblo que venga de la guerra con la laureada de San Fernando. Lo de encontrar una moza que se case y que sea huérfana no me parece muy difícil. Aquí en el pueblo hay varias..., una de ellas, Rosa, mi sobrina...; pero lo del soldado laureado es casi un imposible. Del Tomelloso no han ido a Africa más que el hijo del «Zambo», el del señor Casio y el del tío Crispín, y esos ninguno de los tres son capaces de heroicidades.

Genara. *(Maliciosamente.)* ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!...

Rosa. Qué, ¿tienes tu alguna noticia? ¿Sabes de algún otro?

Don Rosendo. Que yo sepa, no hay ninguno más en Africa.

Genara. Pues sí; sí, señor; hay uno... Antonio, el hijo de los colonos de la Abadía. Ese...

Rosa. *(Aparte.)* ¡Dios mío! ¡Me da el corazón...!

Don Rosendo. ¿Qué? Ese... ¿qué?...

Genara. Casi ná: que ese... Antonio... es el que ha venio con esa cruz que dicen... y para él son los cinco millones.

DON ROSENDO. No puede ser eso... Si Antonio fué en busca de trabajo a Francia.

GENARA. Iría a lo que usted quiera, don Rosendo; pero ahora, anoche, ha venío, y ya ha ido a la alcaldía para recibir la herencia.

DON ROSENDO. ¡No puede ser! ¿Cómo? ¿Antonio?... *(Llamando.)* ¡Dominica. Dominica! *(Entra por la puerta lateral derecha.)*

ESCENA III

ROSA, GENARA y después FILOMENA

ROSA. Pero ¿qué dices? ¡Dios mío! ¿Que Antonio está aquí? Cuenta... cuenta...; no puede ser... Pero ¿quién te ha dicho eso?...

GENARA. Pues verás... *(Llaman a la puerta.)* Abre, que debe de ser mi hija.

ROSA. ¡Voy! ¡Voy!

FILOMENA. ¡Rosa! ¡Rosa! Dame un abrazo. ¿Sabes la noticia? ¡Eres rica, y él también es rico!

ROSA. ¡Dios mío! Me parece un sueño lo que me estáis diciendo. Pero cuéntame cómo te has enterado. *(Dirigiéndose a Genara.)*

GENARA. Pues, como te estaba diciendo..., esta mañana, a primera hora, los panaderos de Balbenizo vieron en la plaza, dormido, en el banco de Consumos, a un soldado desconocido. Fueron a buscar al alguacil, y éste al alcalde. El alguacil le preguntó, y algunos otros también le preguntaron, que quién era. Dijo que era un héroe y que había nacido en el pueblo.

Fué amontomándose gente y más gente, que venía al mercado, y el soldado se dirigio con el alcalde al Ayuntamiento. Allí todos le recordaron, viendo que, efectivamente, era Antonio, el hijo de la seña Colasa y el señor Crisanto. Entonces el alcalde le preguntó qué había hecho tantos años fuera del pueblo. Y dijo que era un héroe que había estao en la guerra y que había matao muchos moros, por lo que le habían dao esa cruz, que le da derecho a la herencia. El alcalde le cogió, le abrazó y le dijo: «Antonio, ya eres rico». Los mozos le cogieron y le llevaron de casa en casa con gran algazara. Y ya sabes tó lo ocurrido.

ESCENA IV

DICHOS, DON ROSENDO y DOMINÍCA

DOMINICA. Pero ¿será posible? ¿Quién ha dicho tal cosa?

GENARA. Yo, señá Dominica: yo, que lo he visto tó. Yo, que sé que Antonio lleva esa cruz, y yo, que he visto que el alcalde le ha abrazado y le ha dicho: «Eres rico ya».

DON ROSENDO. Merece todo género de elogios la postrera voluntad del pobre Longoria. Mejor no ha podido distribuír el legado; el pueblo está de enhorabuena, aunque de luto al mismo tiempo. Oye, Genara: pero ¿tú tienes seguridad de que es Antonio el soldado que llegó anoche?

GENARA. Y tan segura; pues qué, ¿no le iba yo a conocer?...

FILOMENA. Estamos segurísimas. Es Antonio. Todos le han reconocido.

DOMINICA. ¿Y lo de la cruz será cierto?

GENARA. ¿No se lo he dicho ya? Tan cierto, que la cruz esa se la hemos visto toos. Ahora sólo falta saber para qué huérfana será la dote esa de los cinco millones.

DON ROSENDO. *(Llaman.)* Otra vez la puerta. Sal a abrir, Rosa.

ESCENA V

DICHOS y PEDRO (el alguacil)

ROSA. Pase, pase, señor Pedro.

DON ROSENDO. Buenos días, Pedro; ¿qué traes?

PEDRO. Pus ná, que vengo oficialmente a darle conocimiento de este pliego que tié usté que firmar.

DON ROSENDO. Ya, ya sabemos: lo de la herencia del pueblo.

PEDRO. No, señor; lea, lea y firme después. *(Le entrega un pliego de papel.)*

DON ROSENDO. *(Leyendo.)* «Con motivo de los dos grandes acontecimientos que han traído al pueblo el bienestar y el consiguiente luto, esta alcaldía se ve en la necesidad de convocar a una reunión a todos los vecinos más caracterizados por su condición social o categoría, para adoptar acuerdos que revelen de una parte el estado de ánimo del pueblo, y de otra su honda gratitud. La reunión tendrá lugar a las once de la mañana. Dios guarde a usted muchos años. El Tomelloso, etc., etc....» Está bien. *(Firma.)* Toma, Pedro. *(Dándole el pliego.)* ¿Y qué? ¿Has visto tú a Antonio? ¿Es él?

PEDRO. El es, sí, señor. ¿Cómo no le íbamos a conocer? Yo fuí de los primeros que le vieron esta mañana, y, a

decir verdad, el primero también que desconfié; está desconocidísimo. No en vano han pasado por él quince años de penas y fatigas ¡Pobre Antonio! Parece que fué ayer cuando marchó de su casa.

ROSA. *(Aparte.)* No cabe duda: es él. ¡Dios mío! Al fin voy a volver a verle.

DON ROSENDO. La verdad es que era un buen muchacho. Las habladurías del pueblo nos hicieron obrar como obramos.

GENARA. *(Aparte a Filomena.)* Oye, Filomena: ¿has visto cómo don Rosendo ha mudado de camisa desde que sabe lo de los cinco millones?

PEDRO. Vaya, don Rosendo; me voy a continuar recogiendo firmas, que son las diez, y a las once ha de ser la reunión.

GENARA. Nosotras también nos vamos, que tenemos la casa abandoná con toas estas cosas.

DON ROSENDO. Bueno, señora Genara; adiós. Adiós, Filo.

GENARA. Queden ustedes con Dios. *(Irónicamente.)* Y que sea enhorabuena.

DOMÍNICA. ¿A nosotros? ¿Por qué?...

GENARA. *(Maliciosamente.)* Pues... por la parte que les corresponde de la herencia como vecinos del pueblo.

DON ROSENDO. Las acompaño hasta la puerta.

ESCENA VI

DON ROSENDO y DOMINICA

DON ROSENDO. ¿Qué te parece, Dominica?

DOMINICA. ¿Y a tí?...

DON ROSENDO. Que las cosas han cambiado. Si es cierto

que Antonio es dueño de esos millones, las relaciones con la chica no me parecen ya tan desacertadas ni tan desiguales.

DOMINICA. Algo sacaremos nosotros en provecho... Si nos oponíamos antes no era por el chico, sino por las habladurías: «que Antonio es poco pa la chica, que os está engañando, que sus padres no tienen dónde caerse muertos...» En fin, que nos molían la cabeza.

DON ROSENDO. Vaya, voy a la botica a ver si Floro ha abierto ya.

DOMINICA. Y yo a ver si hago algo...

DON ROSENDO. Dominica, ya sabes... cachaza y mala intención.

DOMINICA. Rosendo, ya sabes: mucho ojo y mucha gramática parda.

DON ROSENDO. No tengas cuidado: voy en la Prosodia... *(Hacen mutis* DON ROSENDO Y DOÑA DOMINICA *por la lateral izquierda.)*

ESCENA VII

ROSA, que entra por el foro

ROSA. ¡Dios mío!... Es él; no cabe duda. Le he visto atravesar la plaza... Los años han cubierto de arrugas sus mejillas, y en él sólo se reflejan penas y amarguras... ¡aun habiéndole visto de cerca no le hubiera conocido! *(Pausa.)* No es el mozo erguido y apuesto que hace años cruzaba la plaza con esa entereza y esa gallardía que da carácter a una raza de hombres fuer-

tes y sanos; no es el mozo alegre y retozón que en las mañanas domingueras y en los anocheceres de los días de labor salta y ríe y charlatanea con sus amigotes, esperando con ansiedad la salida de sus mozas: no es el mozo de recios tonos que atraviesa los campos briosamente con sus aperos y que aguanta sin quebrantos los rigores del sol que le tuestan la cara, y el fuerte ventisquero y la lluvia, que le humedece y le enfría... ¡Es... una ligera sombra del pasado!... El mozo que, aun siendo mozo, fué viejo antes de tiempo por los embates de una lluvia y de un vendaval distinto al de los campos y por los rigores de de un sol que le abrasó el alma para siempre... ¡Pobre Antonio! Ahora que es rico y que se le presenta un porvenir, todos le quieren y todos le conceden un puesto en el cruento festín adonde comen los hacendados... (*Larga pausa*) ¿Se oye la rondalla?.. Y viene hacia aquí... A ver. (*Se asoma a la ventana.*) Sí, hacia aquí viene Antonio va en medio de todos los mozos, que le vitorean. También les siguen las mozas... ¡Como yo en algún tiempo!

(La rondalla, que se va acercando, toca la marcha del primer cuadro. Los MOZOS *vienen en algazara y vitorean a* ANTONIO.)

UNO. ¡Viva el soldado valiente!...

TODOS. ¡Viva!...

OTRO. ¡Viva el héroe!...

TODOS. ¡Viva!...

UNO. ¡Viva el legionario!...

TODOS. ¡Viva!...

(*La rondalla seguirá ejecutando la marcha hasta que Antonio, acompañado, bien por la rondalla o por la orquesta, cantará la siguiente copla*):

Música

ANTONIO. Sentir amor verdadero
más de una vez, imposible,
y no tiene corazón
el que lo contrario afirme.

ROSA *va repitiendo los versos de la copla en voz baja y sollozante.)*

TELÓN LENTO

CUADRO TERCERO

La escena representa la misma decoración del primer cuadro.

Es de noche, y al levantar el telón sale el CORO, que ha sorprendido a FLORITO y FLORA en secreto coloquio.

MOZOS y MOZAS llevan faroles encendidos, y en algazara e irónicas demostraciones y gestos hacen mofa de los amoríos de estos dos palomos.

Cuando la obra se represente como comedia de costumbres rurales, puede suprimirse este CORO y los cuplés que cantan los dos galanes cómicos, dando principio el cuadro con la escena primera, en que intervienen DON ROSENDO, DON JACOMÉ y el señor NICASIO.

La letra del CORO y cuplés aparecen en la partitura.

Terminado este número de música, desaparece el CORO con la misma algarabía con que hizo su entrada en la escena.

FLORITO váse por la botica, y FLORA con los MOZOS y MOZAS del CORO, que siguen la burla.

Una vez en silencio la escena salen del Ayuntamiento DON ROSENDO, DON JACOMÉ y el señor NICASIO, dando principio la

ESCENA I

DON ROSENDO. ¡Miren ustedes que ha sido sorpresa! ¿Cómo íbamos a sospechar que hubiese más huérfanas que Rosa con derecho al legado?

DON JACOMÉ. Ya le digo a usted: el primer sorprendido fuí yo. Tanto es así, que cuando se presentó a recoger la herencia Mari-Carmen tuvimos que exigirla, para comprobar la orfandad, un verdadero protocolo de documentos.

NICASIO. ¿De manera que dice usted que Mari-Carmen se había casado el mismo día de recibir las noticias del legado?

DON JACOMÉ. El mismo. Como que yo creo que todo fué producto de una maniobra del propio hermano de la chica, que es un lagartón. Porque a Mari-Carmen no le es muy simpático Manolín.

DON ROSENDO. Pero, vamos a ver... ¿Cuándo murió el padre de Mari-Carmen y dónde murió?

DON JACOMÉ. Pues en Cuba, donde fué a trabajar a un ingenio allá por el año 1918.

NICASIO. Para ustedes, don Rosendo, no ha sido esto un epílogo muy sabroso.

DON ROSENDO. A nosotros ni sabroso ni amargo... ¡Ha sido solamente una sorpresa, como lo ha sido para todo el pueblo! Unicamente lo sentimos por Rosa, a quien le esperaba un risueño porvenir... Por lo demás... ¡qué le vamos a hacer!... Rosa es mujer honrada y trabajadora, y con eso ya tiene un capital... Además, al lado de sus tíos nada necesita... Con nosotros ha vivido siempre y con nosotros vivirá. No queremos que se case.

DON JACOMÉ. Nadie habla de casamientos, don Rosendo... Unicamente lo que se decía por el pueblo es que la casualidad de la llegada de Antonio y la herencia podían resucitar los amoríos.

NICASIO. Hace falta saber, don Jacomé, si Antonio hubiera aceptado ahora el noviazgo y si Rosa continuaría queriéndole.

DON JACOMÉ. En fin, que estoy como quien ve visiones... ¡Ha sido una sorpresa!

NICASIO. ¡Y tanto!...

DON ROSENDO. Bueno, señores; me voy a casa, que con estas cosas estamos trastornados...

DON JACOMÉ. Y yo también me retiro a descansar, pues ya

a estas horas no andan por la calle más que las lechuzas.

NICASIO. ¡Vayan con Dios!

(DON ROSENDO *entra en su casa y cierra la puerta al interior con cerrojo. La escena permanece en un silencio sepulcral.*)

ESCENA II

NICASIO, solo

NICASIO. ¡No salgo de mi asombro! La verdad es que a Rosa le ha sido muy adversa la suerte... (*Pausa.*) No tengo in.ervención directa en este asunto y, sin embargo, me trae preocupado. (*Como haciendo una reflexión.*) ¡Rosa es una mujer digna y tiene cierto orgullo! Creo que ahora se han puesto peor las cosas y qué terminarán por no casarse... Por otra parte, los tíos son dos *tíos vivos,* y han de querer casarla con Antonio, aun cuando pretenden aparentar lo contrario. Y... Antonio no sabemos tampoco cómo pensará... Ello es que el pueblo, ansioso de comentarios y de comadreos, tiene suficiente materia para criticar y hacer fantasías, buscando en sus charlas maliciosas las soluciones que más disuenan del sentido común, que para esta gente de los pueblos es el menos común.

Parece que se oye alguien... Sí, alguien viene... No quiero dar gusto con mi conversación a la chusma ni margen para sus cabildeos. (*Váse por la barbería.)*

ESCENA III

PEDRO y RUFO

PEDRO. De manera que dices, Rufo, que la Rosa no es la de la herencia... Pus se han lucío los tíos de la chica... Yo me alegro por ellos; Rosa es una buena muchacha, pero los tíos son dos tragaores mu grandes.

RUFO. Y dos sinvergüenzas..., sobre todo el tío, que se pasa la vida haciendo jarabes y pócimas con el agua del pozo pá sacarnos los cuartos.

PEDRO. ¿No ves que está en combinación con el médico y con el enterraor?...

RUFO. Bueno, Pedro; vamos pá la choza a descansar, que bastante hemos trabajado.

PEDRO. Yo estoy molío de estar a pie derecho tó el día.

ESCENA IV

DICHOS y ANTONIO, que vestirá traje de pana y boína. Se dirigirá hacia la casa de Rosa, deteniéndose antes de llegar al advertir la presencia de RUFO y PEDRO

ANTONIO. Buenas noches, Rufo. ¡Hola, Pedro! ¿Qué dicen ustedes? (*Intranquilo e inquieto.*) No se cuentan na-

da?... ¿Cómo por aquí tan tarde? La gente de trabajo trasnocha poco, y ustedes á estas horas están recogidos todos los días.

RUFO. Es que nos hemos entretenío un poco en la taerna.

PEDRO. Sí, nos hemos entretenío más de la cuenta, hablando de la política de ahora.

RUFO. Y conveníamos tós en que no debíamos ir a la guerra a que nos maten y nos roben.

PEDRO. Yo opinaba que...

ANTONIO. Tú no opinas nada... (*Enfadado y brusco.*) Así está España en manos de esta opinión ignorante y villana, que arregla los más gravesproblemas de Estado en la mesa de una taberna, sobre cuyas mugrientas paredes tiene el cantinero, como preciada figura de ilustración, un cartel de toros o el anuncio de una bebida de moda... Váyanse a descansar y vayan tranquilos, que España, esta sufrida y resignada nación, que aguanta y tolera a la opinión estúpida que la calumnia y mancha, no necesita de los consejos de ustedes, que son hombres sin conciencia, incapaces de sentir el amor a la Patria.

PEDRO. ¡Bueno, hombre, bueno! No sirve incomodarse... Nosotros discutíamos sin molestar a nadie.

RUFO. Eso es; nosotros hablábamos de los deputados y monecipios, que nos explotan.

ANTONIO. Está bien... Pero andad con cuidado y coseos la lengua, porque es mal oficio el de calumniador. (*Estas frases con ironía.*)

RUFO. (*A Pedro.*) ¿Has visto, Pedro, cómo respira esta ave nocturna?

PEDRO. (*A Rufo.*) ¡Claro! Rosa le ha despreciado y está como el cuervo, rodeando los alredeores de la presa pá cebarse en ella y desgajala.

RUFO. (*A Pedro.*) Aquí estamos de más; ¿vámonos?

PEDRO. (*A Rufo.*) Como quieras. (*Acercándose a Antonio.*)

RUFO. No hemos dicho ná, Antonio... Nos vamos, y dispénsanos si te hemos faltao en algo. (*Aparte.*) Le ha escocío lo de Rosa.

PEDRO. (*A Rufo.*) Y quiere pagarlo con nosotros... (*A Antonio.*) Quédate con Dios, Antonio, y ya sabes: mi ánimo no fué hacer daño a naide. (*Se van.*)

ANTONIO. Vayan a descansar, que buena falta les hace. (*Con ironía.*)

ESCENA V

ANTONIO, solo

ANTONIO. Aun no acabo de comprender la pobreza de espíritu de estas gentes, que viven con la calumnia y con la envidia. ¡Pobres de ellos si algún día tienen que abandonar sus lares y su viejo solar! ¡Aquel día aprenderán a bendecir a la Patria! (*Transición.*) Al fin, me he quedado solo... Ahora nadie puede atisbar ni observar... Voy a ver a los tíos de Rosa, y esta noche dejamos arreglado todo. (*Unos momentos de duda.*) Pero ¿y si me rechazan? ¿No sería mejor pensar el medio de llegar a ellos sin violencias? Cualquier vecino, el mismo señor Nicasio, puede acompañarme... Eso es lo mejor. Esperaré a mañana. (*Váse por el sitio por donde hizo su entrada.*)

ESCENA VI

El tío CALANDRIA, que sale borracho, y después FLORITA, su hija

Cantado

CALANDRIA. Cuando anuncian los carteles
que Reverte va a matar
se vuelve loco Sevilla,
Sevilla se vuelve loco,
se vuelve loco Sevilla
y la gente *el* arrabal.

Hablado

Cuidado que canto bien... Tengo voz de *soplando* o de *baritontono*...; mejor, de bajo... bueno, debajo... de cualquier cosa.

Verso

¡Qué bueno es el vino
cuando el vino es bueno!
Pero si el agua es cristalina y clara,
mejor es el vino que el agua.

Hablado

Esto lo djjo Salomón, que, según creo, era un sabio, o Platón, que era el padre de los platos. Ahora voy a ver a don Rosendo y le digo lo que he oído en el ta-

bernáculo del Patizambo... ¿Y si la Rosa se deshoja? Pus que la rieguen... o la echen a remojo.

FLORITA. Pero, padre, ¿otra vez? ¿Hasta cuándo le van a durar las mojaduras?

CALANDRIA. Hasta que escampe, y pa mí que vamos pa un temporal de «lluvias reinantes».

FLORITA. Voy a darle agua en el vino, a ver si lo toma asco.

CALANDRIA. ¿Asco? ¿Has dicho asco? El vino me lo bebo yo aunque sea con *bicarbonato sódico de sosa quimicamente puro*. (*Aparte.*) ¿Esto dónde lo he oído yo? Me lo dijo otro sabio.

FLORITA. Yo sí que le voy a dar a usted sabio y medio... Todos le conocen por borrachón.

CALANDRIA. ¿Por borrachón a mí? Será por buen bebedor, pero ná mas.

FLORITA. Vamos a casa a dormir, que parece usted un húngaro bailando la mona.

CALANDRIA. Bueno, hay quien la pinta... yo la bailo...

FLORITA. A casa, mal padre.

CALANDRIA. A casa, mala hija. Ya te voy a dar a ti pintar la mona con el espantapájaros de Florito. (*Vánse.*)

ESCENA VII

ROSA, sola, que sale nerviosa e intranquila, llevando en sus manos un maletín de viaje

ROSA. ¿Para qué dudar? Cuanto antes mejor... ¿No tenía pensado marcharme del pueblo? Pues ahora mejor que nunca. Ya la vida en esta aldea se me hace difícil... ¡Antonio y yo no cabemos en ella!.. El es rico;

será un hacendado más, que a fuerza de meses o de años logrará una inmensa fortuna, y yo entonces para él seré la huérfana recogida por caridad y unida también al matrimonio por una conveniencia, que, aun cuando no sea cierta, como conveniencia aparecerá a los ojos de él (*Pausa.*) y de todos... ¡Cuando fué pobre todos le despreciaron, y ahora todos le quieren! Pues ahí le tienen... Yo me sacrifico por él y sacrifico también mi amor por el amor a los demás. Siento en estos momentos de angustia y de dolor que resucitan en mi alma los recuerdos de la infancia... de aquella edad feliz en que sentía con mis monjitas esa inspiración divina del amor a la Humanidad... ¡Amar —después de Dios— a todos por igual!... Vuelvo a mi colegio, adonde no encarnan los odios ni las envidias; vuelvo con mis cariñosas compañeras a reir, a saltar, a juguetear por aquellos jardines alegres de primavera, en los que florecen y fructifican los rosales y jazmines...; voy a aquellos claustros de soledad y de melancolía en los días de rezo, y de sol y luz en las mañanas de verano, a saturar mi alma de esas caricias halagadoras de mis monjitas, que me enseñaron a querer *sin sensaciones ni pasión, sin fuego ni calor*...; a vivir ese afecto templado de las almas puras para amarse entre sí y amar a todos... Voy a vivir más cerca de Dios que de los hombres... (*Empieza a sollozar.*) Sí, sí, cuanto antes mejor...; no quiero que me vean... (*Muy despacio.*) Mañana, cuando amanezca, empezarán las habladurías, vendrán los comadreos, empezará el festín... Yo, lejos de mi pueblo, distanciada de este ambiente impuro, habré empezado a purificar mi alma... Adiós, Antonio. Ya que la suerte me ha deparado este destino y que Dios me ha guiado por distintos derroteros que me apartan de las cosas del mundo... Sé feliz.

¡Yo pediré por ti... ahogando en mi alma los sentimientos de madre para ser madre espiritual de todos. (*Vase por la derecha precipitadamente y sollozando.*)

ESCENA III

ANTONIO aparece, después de un mutis prolongado, por el arco; desarrolla una escena muda, en la que se ve en él gran preocupación. Vacila sobre llamar o no en casa de Rosa, y, después de unos momentos de duda, dice las frases del libro y llama a la puerta. Es uno de los momentos más interesantes de la obra.

ANTONIO. No puede ser; quizá las habladurías del pueblo hayan llegado hasta el extremo de... no, no... no me convence lo que me dijo Casiano... Por más que Casiano merece crédito... tiene gran intimidad con ella, es su confidente... (*Desiste de llamar en casa de Rosa.*) ¡Bah!... Habladurías y chismes de pueblo... (*Vuelve otra vez al centro de la escena.*) Sin embargo, Casiano bien claro me dijo: «Rosa se marcha del pueblo. Vuelve al colegio de monjas donde se educó». No; esto no puede ser y no será... (*Llama a la puerta.*) ¡¡Don Rosendo!! ¡¡Doña Dominica!! Pronto, abran ustedes...

DON ROSENDO. (*Dentro.*) ¡Quien va!

DOMINICA. (*Idem.*) ¡Quién llama!

ANTONIO. Yo, Antonio... (*Aparte.*) Si fuese cierto... Si Rosa hubiese huído, buscando en la soledad del claustro los afectos y cariño que la negaron en el mundo, al claustro mismo llegaría yo para confortar su espíritu

y para amarla. Pero si ella no me quiere, si ha marchado al convento poniendo en la vida religiosa toda su alma... yo me resigno a quererla como hermana o como madre.

ESCENA ULTIMA

ANTONIO, DON ROSENDO, DOMINICA y, por último, ANGELITA, muchacha del pueblo, hermana de CASIANO, que trae una carta que les ha entregado ROSA para ANTONIO.

DON ROSENDO. Pero ¿qué pasa?

DOMINICA. ¿Qué sucede?

ANTONIO. ¡Doña Dominica! ¡Don Rosendo! ¿Y Rosa? ¿Dónde está Rosa?

DON ROSENDO. En casa... ¿Dónde va a estar?

DOMINICA. Eso es: en casa.

ANTONIO. Es que no ha faltado quien ha dicho esta noche en el pueblo que Rosa ha huído, que estará ya muy lejos... que se ha marchado a la capital para ingresar como novicia en el convento de las Angelinas, donde se educó...

DON ROSENDO. Imposible... Eso no puede ser... imposible.

DOMINICA. Imposible, imposible. (*Entran en la casa llamando los dos.*) ¡Rosa! ¡Rosa!

ANTONIO. ¡Quizá sea!...

ANGELITA. ¡Antonio!... ¡Antonio! Esta carta me han entregado para usted.

ANTONIO. Tú sabes algo... dime, dime... cuenta lo que sepas,... (*Abriendo el sobre.*)

ANGELITA. Yo no sé ná; sólo sé que Rosa ha llamado en casa y ha dado al tío Casiano la carta para que se la entregue a usted.

ANTONIO. (*Leyendo en forma de recitado con música.*) «Antonio, adiós para siempre...; huyo del mundo, donde sólo recibí desengaños y amarguras. Te quise con un cariño todo fe y entusiasmos...; pero tú no supiste comprenderme, como no me comprendieron los demás que me atormentaron constantemente. Abrumada por tanta contrariedad, siento en estos momentos de angustia y de dolor, en que tengo que abandonarte para siempre, que resucitan en mi alma los recuerdos de la infancia, de esa infancia feliz en que sentía con mis monjitas esa inspiración divina del amor a la Humanidad... Voyme a mi Colegio, donde no encarnan los odios ni las envidias; vuelvo a aquellos claustros de religiosa soledad a saturar mi alma de esas caricias halagadoras de mis monjitas, que me enseñaron a querer *sin sensaciones ni pasión, sin fuego ni calor*..., a vivir ese afecto templado de las almas puras para amarse entre sí y amar a todos... Voy a santificar mi espíritu con el ambiente puro de aquellos alegres jardines del convento, donde fructifican y florecen los rosales. Ahora seré... una rosa más en ellos.»

DOMINICA. ¡Se ha marchado, Antonio!

DON ROSENDO. ¡Se ha marchado!

ANTONIO. Ahora será... una rosa más en los rosales... ROSA DE PASIÓN.

TELÓN LENTO

FIN DE LA OBRA


3 0112 127858469